

Como Anteo al pisar en la tierra. Poemas de Francisco Xandóval

Los versos de Francisco Xandóval son siempre humanos, patéticos y estremecidos, como cosa que se ama y que se sufre.

César Vallejo

El 26 de noviembre de 2010 se cumplieron cincuenta años de la muerte de Francisco Xandóval (Ascope 1900 - Trujillo 1960), y pasaron totalmente desapercibidos fuera de su tierra natal, en el Departamento de La Libertad. Fue periodista, poeta y profesor, aunque también aceptó trabajos menos gratos, como la administración de una agencia marítima en Chimbote, en 1925, cuando era todavía una aldea sin teatro ni cine ni iglesia.¹ Aunque era más joven que la mayoría, formó parte del Grupo Norte dirigido por Antenor Orrego y José Eulogio Garrido y compartió alojamiento con César Vallejo en Lima, y cuentan que fue cuando Xandóval le hizo conocer que por cambiar el título de su libro la imprenta aumentaba tres libras su costo surgió "Trilce" en la mente de Vallejo.

Quedó huérfano muy joven y sus hermanas mayores lo apoyaron para que estudiara en la Universidad Nacional de Trujillo. En 1929 se casó con Rosina Espejo y tuvo varios empleos hasta que en 1935 se incorporó como profesor de literatura del Colegio San Miguel, donde permaneció por ocho años largos y fructíferos para regresar a Trujillo, donde continuó la docencia en el Colegio San Juan, en el Liceo y en la Universidad Nacional de Trujillo.

Maya no era nadie.
Maya andaba sola.
Maya era un juguete
o acaso una sombra.
Maya era unos versos
hechos en la alcoba

¹ Cfr. Teodoro RIVERO-AYLLÓN, *Itinerario de un poeta alucinado. Vida y obra de Francisco Xandóval. Sus relaciones con Vallejo y una cronología del grupo Norte*. Trujillo, Trilce editores, 1997.

para que se duerman
los niños de ronda.

Decía Néstor Martos que Francisco Xandóval era un hombre fuera de lo común y lo decía reconociendo su vida interior y su delicadeza, advertido de los difíciles años por los que había pasado el profesor de Ascope antes de llegar a Piura, donde encontró paz interior y un bonito ambiente escolar y docente en el viejo Colegio San Miguel. Martos sabía de su talento y de su aristocracia intelectual y por eso decía que era “un hombre raro, sin la tonta aspiración del incomprendido profesional”. Abandonó la ciudad norteña, con gran sentimiento como dirá en su diario, el 15 de abril de 1943.

Xandóval “nunca publicó mucho y siempre publicó bueno”, decía Martos, comentando en 1941 la aparición de *Canciones de Maya*. Un libro también raro –hoy rarísimo– impreso en los talleres del diario *El Tiempo* con la disculpa del autor: “solo quiero ser grato”, y la dedicatoria al mejor y más querido de sus discípulos: Enrique García Saona, muerto “en trance de decir su canción”.² Maya es un trasunto lírico de la poesía y del alma:

Maya era un sollozo
Maya era una copa
que al ser ya bebida
se quebraba sola.

Los últimos años fue profesor en Trujillo, y se interesó especialmente por la poesía oriental, la cabalística y la muerte. Un infarto le sobrevino cuando leía la vida de San Juan Bosco; le habían diagnosticado un cáncer a la laringe: desde muy joven había sido un fumador incurable. También escribió una novela: *Yana-Huáccar*, obra que terminó de escribir en 1944 y que trata sobre la vida del milagroso clérigo Antonio de Saavedra y Leyva. La muerte le persiguió en vida: a los tres años quedaba huérfano de padre y con trece muere su madre. También pronto murieron sus abnegadas hermanas, que “acudieron con su trabajo al sustento y la educación del hermano menor”.

El se describe a sí mismo de esta manera: “Escribió poco, pero sufrió demasiado, e hízose una profunda y dolorosa experiencia de las cosas y el corazón humano, la cual, sin embargo, mantiene en él, inalterable, la alegría de vivir.” El himno sanmiguelino, compuesto en 1938, es en realidad un derroche de optimismo y un alarde de gracia poética, con una calidad literaria poco común en este tipo de composiciones.

La poesía oriental ha tenido una presencia y una influencia importantes en la literatura peruana, y en especial destacan las paráfrasis que redactó de una manera personalísima el poeta Francisco Xandóval,

² Existe una edición posterior, que es la que seguimos: Francisco XANDÓVAL, *Canciones de Maya*. Edición y prólogo de Andrés Aguirre Lynch. Trujillo, Casa del Artista, 1991.

quien trató de expresar en nuestro castellano el sentido poético de tradiciones culturales muy distantes pero tan hondamente humanas.

Francisco Xandóval fue uno de los más jóvenes poetas del Grupo Norte, compañero y amigo cercano de César Vallejo, de Juan Espejo Asturrizaga, de Orrego, de Spelucín e Imaña; “nunca publicó mucho y siempre publicó bueno”, decía Martos, comentando en 1941 la aparición de *Canciones de Maya*, el único libro que publicó en vida. Los últimos años se reincorporó a la bohemia de Trujillo y se incorporó al Colegio San Juan, así como enseñó también en el Renacimiento y en el Liceo, con colaboraciones literarias en *La Industria*. Un infarto le sobrevino cuando leía la vida de San Juan Bosco; le habían diagnosticado un cáncer en la laringe y en varios homenajes había podido despedirse de sus amigos. Desde muy joven fue un fumador infatigable.

El se describía a sí mismo de esta manera: “Escribió poco, pero sufrió demasiado, e hízose una profunda y dolorosa experiencia de las cosas y el corazón humano, la cual, sin embargo, mantiene en él, inalterable, la alegría de vivir.” En verdad siempre hubo en él un hondo sentimiento religioso y una sencilla confianza afianzada en la fe cristiana.

Teodoro Rivero Ayllón publicó los diarios de Xandóval (con algunos párrafos del diario de su hermana Rosa³ y algunas de sus obras póstumas, como la versión definitiva de la “*Elegía de la infancia abolida*” (1955), o composiciones solo en parte publicadas en periódicos y revistas: “*La maldición de Huatán*” (1957) o *Canción del retorno* (1958), además de poemas tempranos de “*La ronda taciturna*” (1921), que integrarán sus antologías, la última publicada con motivo del cincuentenario de la muerte del poeta, en febrero de 2011 también por Rivero Ayllón,⁴ mientras que otras obras, como “*Claudia Prócula*” (1957), recreación en torno a la esposa de Poncio Pilatos, permanecen inéditas. También escribió Xandóval una novela: *Yana-Huáccar*, que trata sobre la vida del milagroso clérigo el deán Antonio de Saavedra y Leyva.⁵ Algunos amigos la publicaron en 1973, como también sus poemas tempranos en *Retornos*.⁶ Falta hacer una edición completa de su poesía y un buen estudio de su obra, en particular de los tranquilos y provechosos años

³ Francisco XANDÓVAL y María Rosa SANDÓVAL, *Mi Ananké y dos diarios íntimos*, Introducción, edición bibliografía y notas de Teodoro Rivero Ayllón. Trujillo, Trilce editores, 2004.

⁴ Francisco XANDÓVAL, *Nací en Ascope, mi pueblo... Antología - homenaje*. Edición de T. Rivero-Ayllón, Lima, Universidad Ricardo Palma y Trilce editores, 2000; Teodoro RIVERO-AYLLÓN, *Xandóval: Del amor, las mujeres y la luna... Antología poética*. Trujillo, Trilce editores, 2011.

⁵ Francisco XANDÓVAL, *Yana Huáccar*. Prólogo de Adolfo Alva Lescano. Trujillo, Empresa Editora “La “Elite”, 1944.

⁶ Francisco XANDÓVAL, *Retornos*. Prólogo de Horacio Alva Herrera. Trujillo, Ediciones Trujillo, 1972.

de docencia en el Colegio San Miguel de Piura desde 1935 hasta abril de 1943.

En 1967, Rivera Ayllón publica de Xandóval, el “*Libro de las paráfrasis*” (reimpreso en 1995), que incluye versiones muy personales de poesía oriental, tomados de la selección y traducción al francés que hiciera Adolphe Thallassó en su *Anthologie de l'amour asiatique*.⁷ Xandóval siempre tuvo un gran aprecio por el idioma francés que aprendió en el Seminario de san Carlos y san Marcelo con los ilustres religiosos franceses de San Vicente de Paúl (cuya influencia en la cultura norteña es más que estimable). El libro fue escrito entre 1949 y 1953 en su casa de la plaza del Recreo, en Trujillo (Calle Colón 525), aunque ya con anterioridad había escrito poemas que anunciaban su interés por lo oriental y por el mundo medieval, como su *Romance del poeta persa*, publicado en las *Canciones de Maya* y reproducido en *La Crónica* de Lima, el domingo 28 de diciembre de 1941:

Por una calle de Persia
nueve centurias atrás
yo vi pasar una noche
a Omar Kayam.

Venía con cuatro mozas
de cabellos de azafrán
y grandes ojos pintados
a la manera oriental.

El hombre está borracho
de las viñas de Bagdag;
las cuatro mozas le amaban
por esa noche no más.

Las paráfrasis como buena parte de su obra no se han difundido lo que una obra así pudiera merecer. A los poemas Xandóval añade también agudos y hermosos comentarios de cada uno de los autores, que facilitan el acceso al lector al mundo que rodea el texto. No se trata de meras traducciones, sino de interpretaciones libres y exquisitamente bellas de poemas amorosos unos tristes y otros exultantes, todos envueltos en fragancias distantes y en los que no falta un toque de sereno erotismo. Este libro concentra su misticismo así como su interés por el mundo oriental y por la universalidad esencial de la voz poética, en la órbita del exotismo y del ultramodernismo iniciado, como señalara Manuel Pantigoso, por José

⁷ París, Mercure, 1907. Adolphe Thalasso (1857-1919) había sido editor de la *Revue Orientale* en Constantinopla durante dos décadas, desde 1885, y se había hecho con una buena colección de poesía oriental. Llama la atención que Xandóval muestra especial preferencia por la poesía china, porque escoge cinco de las escasas ocho composiciones de este origen que incluye Thalasso (de un total de 140). Su *Anthologie* fue muy apreciada por Juan Ramón Jiménez, Rubén Darío o José María Eguren.

María Eguren (desde el simbolismo decadentista) y González Prada, a cuyo cosmopolitismo atribuía Mariátegui, como a todo, una raíz política. En un poema titulado justamente “Cosmopolitismo”, publicado en 1933, más bien se expresa el marasmo del aburrimiento y el ansia de una comunión existencial:

¡Cómo fatiga y cansa, cómo abrume
el suspirar mirando eternamente
los mismos cielos y la misma gente,
los mismos cielos y la misma bruma.

Huir quisiera por la blanca espuma
y su sol lejano calentar mi frente.

¡Oh, si me diera el río su corriente!

¡Oh, si me diera el águila su pluma!

Y no seré el viajero arrepentido
que al arribar a playas extranjeras
exhale de sus labios un gemido.

Donde me estrechen generosas manos,
donde me arrullen tibias primaveras,
ahí veré mi patria y mis hermanos.⁸

Este mismo camino que mira hacia lo lejos ahora continúa en la voz del poeta Marco Martos. Por ejemplo en las tres composiciones en que anima la escritura del gran poeta japonés Yasunari Kawabata (premio Nobel en 1968). Primero describe el brindis del novelista por la *Danzarina de Izu*, figura que da título a su obra primera. Luego suenan los timbres y las turbinas en la debacle de 1945 y la voz del poeta se despide de color amarillo, color de vino de arroz y espigas de cebada y de los ojos color miel de la mujer que alienta a continuar el camino de la vida; pero sabemos que el aeroplano se hundirá en la blanca espuma del océano, blancura que en la cultura japonesa es la muerte:

Así, braceo un rato y luego me hundo
balbuceando tu nombre sagrado
en la noche de agua eterna.
Nadie sabe si soy un fantasma
o un buen nadador
que será niebla mañana,
que ya es cielo encapotado
o una línea de espuma blanquísima
vena del mismo mar que acaso escribe.⁹

⁸ Manuel GONZÁLEZ PRADA, “Cosmopolitismo”, en *El Callao. Suplemento conmemorativo de su cincuentenario*. Callao, 2 de noviembre de 1933, p. 39.

⁹ Marco MARTOS, *Mar de tinieblas*. Lima, Atenea, 1999, p. 32.

En González Prada la mirada hacia oriente está cargada de paganismo y de un deseo de evasión y abatimiento, como en esa recreación, en prosa poética de la incertidumbre de Kouang-Tseo y, en un juego de traslaciones (anticipo de varios cuentos de Julio Cortázar) se pregunta finalmente si soñaba ser un día mariposa o tal vez sería la mariposa que estará soñando ser Kouang-Tseo.¹⁰

En Marco Martos hay un profundo anhelo de revelación espiritual. En Xandóval hay siempre un hondo y alegre sentido religioso, un sentimiento algo juguetón junto a un fino sentido poético y una voz original que, sin embargo, trata también de abrazar con la voz esos lejanos mundos culturales. El poema de la esposa fiel que llora una pena, del poeta chino Tchang Tsi (o Zhang Ji, 770 a 850 de la era actual), es un diamante contenido y lleno de sugerencias:

Sabéis que soy de otro,
Sin embargo me brindáis brillantes perlas.
Emocionada por vuestro persistente amor,
Las pongo en mi vestido de seda roja.
Mi situación se halla entre la de los pares del Imperio.
Mi marido lleva la lanza en el Palacio de la Claridad.
Vuestras intenciones son tan puras como el sol y la luna,
Pero yo he jurado ser fiel a mi esposo en vida y muerte.
Con lágrimas en los ojos os devuelvo vuestras perlas.
¡Que no os haya conocido soltera y joven!

El texto en francés, en renglones cortos, no tenía ritmo ni rima. El argentino Álvaro Yunque hizo esta magnífica traducción del poema en 1958.¹¹ Aunque reconocía que era como mirar un paisaje al través de una doble niebla, quería de este modo contribuir al acercamiento espiritual entre el pueblo chino e Hispanoamérica. Y lo hace con gran acierto y maestría, devolviendo un sentido de contención y hondo significado al verso. La versión de Xandóval es muy diferente: no se limita a traducir el poema. En realidad su paráfrasis es una expansión que alcanza los sesenta y seis versos, necesarios para decir en estrofas desbordantes de imaginación lo que el poema chino le sugiere en un espacio cultural excesivo. Transcribo el hermoso pasaje final:

En fin, señor, en las noches
de luna y de verde jade,
mis lágrimas y tus perlas
la mano divina engarce

¹⁰ Manuel GONZÁLEZ PRADA, *Exóticas*. Lima, Tipografía de El Lucero, 1911, p. 153.

¹¹ Álvaro YUNQUE, *Poetas chinos*. Buenos Aires, Quetzal, 1958.

como en un collar de sueños
imposibles... ¡Dios es grande!

Dos lágrimas de sus mejillas se entregan a los puros sentimientos de un gentil señor "honesto y grande" que le ofrece perlas; porque ella nada más puede dar: fiel a su esposo, no es dueña de su vida, pues le ha jurado "devoción, amor, silencio y obediencia". Y ella hace honor a "los estandartes / con ibis, dragón y estrella" de su stirpe. Xandóval compone:

Y aún decora en Nankín
el Trono del Homenaje
la lanza gualda que luce
mi marido en los combates:
esa arma que en siete guerras
siete provincias cobrase
de manos de quien un día
regó el imperio con sangre.¹²

La lanza en verdad no era decoración sino símbolo de gran nobleza, pero Xandóval convierte al esposo en un valiente guerrero siete veces vencedor de un maligno enemigo. Recoge también Xandóval las explicaciones de Thalassó respecto de este "ilustre sabio, estilista y poeta chino", quien además de ocupar diversos cargos para el emperador, fue como Xandóval un educador de carrera larga y fructífera: "su nombre es signo de abnegación y sacrificio". En su poesía destacaba "lo armonioso del conjunto" y la sencillez "en virtud de la cual puso al alcance de la gente humilde los sentimientos más probos de la alta clase social de su patria". También compone paráfrasis de otros importantes poetas chinos, como Li Tai Pe. Los cuatro primeros versos (vuelto en romance) del poema "Canción de los cuervos, el amor y la noche" dicen así:

Nubes de polvo levantan
sobre los caminos pardos
los jinetes que a la guerra
van en sus caballos tártaros.¹³

¿Qué idea motiva a Xandóval, qué deseo le impulsa a escribir estas paráfrasis tan personales? En un tiempo en que la originalidad se sitúa por encima de todo, parece despropósito. Los poemas en sí ya eran sensacionales, imposible mejorarlos. Pero tal vez hay una lección en todo esto y es que fuera de referencias culturales y barreras idiomáticas existe una universalidad en el sentido de toda expresión poética que puede comunicarse hasta los más lejanos confines de la tierra.

¹² Francisco XANDÓVAL, *El libro de las paráfrasis*. Trujillo, Trilce editores, 1995, pp. 63-65.

¹³ *El libro de las paráfrasis...*, p. 57.

La orfandad y la añoranza, que son temas recurrentes también en Vallejo, se muestran sin desesperación y con un lirismo profundo, algo juguetón en la poesía de Xandóval. Por ejemplo, en el "Romance Heptasilábico del colegio dormilón", cuya segunda estrofa dice:

Mañanas de la infancia.
Mañanas con rezongo.
Mamita, todavía
puedo dormir un poco,
¿verdad? Son las campanas
no más, no son las ocho.
Pero mamita quiere
que me levante pronto.
Lápices y cuadernos
ya están dentro del bolso,
y he de ir al colegio.
porque sí, como un zonzo,
cuando sería lindo
quedarme hasta las ocho.

María Rosa tenía ocho años más que Francisco, y compartía su interés por la poesía y por todas las actividades artísticas, y su muerte a causa de la tisis, en 1918, causó una herida profunda en los dos amigos poetas, y especialmente en Vallejo, quien escribió en *Los dados eternos*: "¡tú no tienes Marías que se van!"

Xandóval fue autor del famoso "*Himno de la juventud sanmiguelina*", que hoy repiten con satisfacción piuranos de todas las generaciones. Un himno "de esperanza, de amor y de fe", el más hermoso que se haya compuesto tal vez en el norte y el sur de este amanecer. Un himno que tal vez haya hecho eco paródico y despreciable en el bochornoso himno que compone Vargas Llosa para los inconquistables de *La Casa Verde* que se repetirá *ad nauseam* en su obra dramática *La Chunga*.

El libro se compone de 35 poemas, divididos en tres secciones de 11 canciones, sonetos y, al final, romances, que van precedidos de dos poemas introductorios: "Canción de Maya" y "Canción de las cosas serenas", de acusada influencia del gran poeta norteamericano Walt Withman. Tal vez el mejor sea "El rumor de las cosas" y esos versos que resumen:

El volante de la nueva alegría
y el sabor ciudadano de la niebla.

El himno no es extenso ni ampuloso, no aburre ni cansa. Tiene un desarrollo claro. Tiene ritmo, energía, imágenes hermosas y un optimismo desbordante; contrasta con el tono estremecido "como cosa que se ama y que se sufre", describió Vallejo, del conjunto de sus versos. Tiene varios

motivos recurrentes: la juventud, la energía, el impulso vital, la proyección al futuro, pero no suena repetitivo.

Desarrolla con maestría tres temas distintos. Primero una alusión a Anteo, un gigante de la mitología clásica. Hijo de la diosa Gea, la Tierra, era invencible mientras pisaba el suelo. Heracles lo vencerá al suspenderlo en el aire y así Xandóval expresa la importancia de la tierra y de pisar tierra: el realismo da fuerzas, mientras la savia joven se resiente y muere persiguiendo imposibles. Los grandes ideales nacen y se hacen en las personas reales:

Amanece en el ámbito patrio
y amanece en el alma también
y por eso cantamos un himno
de esperanza, de amor y de fe.

La alusión también choca con los motivos incásicos tan al uso: “ñusta escondida” decía Enrique del Carmen Ramos en el himno a Piura, y frases o imágenes similares, tomadas del Inca Garcilaso, del Ollantay, o peor de Prescott, pueblan los coros provinciales con un pasadismo no pocas veces imbuido de leyenda negra contra España (importada y asumida sin más reparo), que incita un narcisismo negativo y victimista. Aquí no hay resquemores ni pesadas cadenas sino luz y fe:

Y por ti, viejo claustro, cantemos;
porque al par que nos abres la sed
nos ofreces el agua clarísima
de tus fuentes de luz, San Miguel.

Una alegoría de tradición cristiana: la fuente clara en la tradición del “viejo claustro” del San Miguel. El porvenir depara la llave de oro y una dulce embriaguez, finalmente, con el triunfo asegurado en ciencia y deporte, tal vez con un deseo de modernidad: el viejo colegio tenía patios pero no zonas deportivas, que es una idea adaptada del modelo educativo anglosajón, hoy extendido a todo el mundo.

Jorge Moscol Urbina recordaba, en entrevista realizada por su sobrino Raúl Moscol León, que se reunían muchas noches a una peña, con Xandóval, con Néstor Martos y otros amigos: “la bohemia antigua, no la borrachera de ahora”, aclaraba el profesor Moscol. Una noche, luego de reír los chistes de Victor Raúl Iparraguirre en el viejo Malecón, mientras regresaban a las oficinas de “La Industria” para tomar -de paso- unas copitas más, Pancho Xandóval le dice a Martos: “Fíjate, Néstor, cómo amanece en Piura, casi de una sola vez. No es como en la sierra que amanece de cerro en cerro...” Y Martos le espetó emocionado: “Inspirate..., aquí está el himno que te han pedido los muchachos”. Ya por la plaza Merino Xandóval empezaba a cantar: “Amanece, amanece...” Al día

siguiente ya tenía la letra completa y después Wilfredo Obando le puso la música.

Se diría que la inspiración llegó con los amigos, la nocturnidad y las copas de licor, pero por lo visto es claro que el letrista llevaba ya un buen tiempo buscando las palabras propicias para un himno que le “habían pedido” los muchachos. Aunque la embriaguez parece nocturna, el conjunto delata una larga y meditada elaboración. Los viejos colegios no tenían himno, ya que el movimiento que los suscitó fue originado en la Revolución Francesa y extendido aquí con el Romanticismo, luego de la Independencia (el de España aún no tiene letra “oficial”). Con razón Xandóval lo llama así: no fue un concurso, ni una propuesta formal, ni un encargo de Dirección, sino un deseo expreso de los mismos colegiales, a quienes sus profesores atendieron con generosa cordialidad y acierto maravilloso.

Como un pequeño homenaje al gran poeta liberteño incluimos aquí tres poemas del libro *Canciones de Maya*.

Carlos Arrizabalaga

Canción de las cosas serenas

En pleno vigor, alegre y fuerte,
dueño de mi antigua experiencia
y la totalidad de mi ser,
después de bravo ensayo de juventud,
sentido, grave, valeroso, noble,
lleno de mundo, de dolor, de esfuerzo,
inicio el canto.

Me he despojado de mí mismo.
He dejado mis versos antiguos.
Busco mi propia forma por eso recorro los tiempos;
retorno a las edades, y entre las sombras pías
de la noche platico, solitario en el sueño,
con Sócrates, Platón, Zaratustra y los Vedas,
la sombra dolorosa
y la sabiduría de libros y maestros.

Tiempo ha que busco el alma de los viejos poemas,
de los que se escribieron al principio del tiempo.
Sólo en ellos hay sangre, juventud, profecía
y un estrechamiento telúrico y eterno.

Busco la vieja llave de la caja del alma,
En donde los patriarcas encerraban el sueño.
¡Quién ahora pudiera destaparla y echar
a volar el perfume de sus grandes secretos!

Pienso que quizá en otras épocas
anduve por playas extintas,
asimilando fuerzas nuevas,
recogiendo ilustres semillas,
almacenando nuevos cantos
llenos de vigor y armonía,
para después henchir las tierras
de promisión con aguas vivas.

He dejado mis versos antiguos.
maté mi esperanza de ayer.
Me he despojado de mí mismo,
y heme aquí desnudo otra vez,
como estaré cuando retorne
al seno de la tierra. Amén.

Himno de la juventud sanmiguelina

¡Amanece! ¡Amanece! ¡Amanece!
¡Amanece en el Norte y el Sur,
y está henchida de fuerza y de sangre
nuestra alegre y viril juventud!

Amanece en el ámbito patrio
Y amanece en el alma también,
y por eso lanzamos un himno
de esperanza, de amor y de fe.

Somos jóvenes, bravos y fuertes;
somos ímpetu, impulso, altivez;
y llevamos por sola divisa:
trabajar, estudiar y vencer.
Como Anteo al pisar en la tierra,
nuestra fuerza renace también,
de la savia que inyecta en nosotros
nuestro amado y leal San Miguel.
Y por ti, viejo claustro, cantemos;
porque al par que nos abres la sed
nos abres el agua clarísima
de tus fuentes de luz, San Miguel.
Preparemos el alma y el cuerpo;
y entre ciencia y deporte a la vez
ensayemos el vuelo estupendo
que nos dé el porvenir, San Miguel.
Serán tuyos los triunfos de entonces,
será tuya su dulce embriaguez;
será tuya la llave de oro,
¡San Miguel!, ¡San Miguel!, ¡San Miguel!

¡Amanece! ¡Amanece! ¡Amanece!
¡Amanece en el Norte y el Sur,
y está henchida de fuerza y de sangre
nuestra alegre y viril juventud!

El pueblo

Perdido en este pueblo.
Donde quiera que voy,
el pueblo.

Los médanos. La costa del Pacífico.
Las rocas que bordean el mar,
como decoraciones desde las balandras.
El mar, de piel de cebra,
que se estremece al frío de la mañana blanca.
Los lobos,
con sus barbas de aceite.
Y los arenales de Chimbote, desiertos,
vializados por los ojos del tren.

Los flejes que sostienen la tarde,
Desde los frontales de los cerros,
como puentes colgantes,
se van...

Y yo,
perdido en este pueblo,
desde mi hotel de lona,
mirando el mar.
Mirando el mar de piel de cebra,
que va a tocar las puertas de mi ciudad,
carrilando un recuerdo,
a lo lejos,
en conos de alegría o de pena.